FLORENCIA BONELLI

Caballo de fuego
CONGO

MÁS DE
1.000.000
DE EJEMPLARES
VENDIDOS

booket

Florencia Bonelli

Caballo de fuego 2. Congo

Trilogía Caballo de fuego 2

Esencia/Planeta

Certificado PEFC

Este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas

PEFC/14-38-00305

www.pefc.es

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Florencia Bonelli, 2022
© Grupo Editorial Planeta S.A.I.C., Argentina, 2022

De esta edición:
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de la cubierta: © Stephen Carroll / Trevillion Images
Mapa del interior: © Àlvar Salom

Primera edición en Colección Booket: julio de 2022
Depósito legal: B. 9.962-2022
ISBN: 978-84-08-26059-2
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo I

París, 6 de abril de 1998

Eliah Al-Saud abandonó el Aeropuerto Charles de Gaulle y corrió hasta el aparcamiento. Saltó dentro de su Aston Martin DB7 Volante y lo puso en marcha. El disco compacto de los Rolling Stones se reanudó y la batería de *Paint it, Black* explotó dentro del habitáculo. Los neumáticos chirriaron sobre el asfalto y el rugido del motor compitió con las guitarras eléctricas. La ira que comunicaba la letra de *Paint it, Black* describía su estado de ánimo. «*I look inside myself and see my heart is black.*» Él también miraba dentro de sí y veía que su corazón se había vuelto negro. La velocidad del deportivo inglés —de camino hacia Ruán casi bordeaba los doscientos kilómetros por hora— atenuaba su furia. En realidad, solo la sensación de hallarse a más de quince kilómetros de la faz de la Tierra, pilotando un caza, la habría aplacado. O una caricia de Matilde. La suavidad de sus dedos largos de cirujana sobre la mandíbula habría bastado para diluir esa cólera con ribetes de desesperación.

Matilde se había ido. Consultó su Rolex Submariner. Las once y media de la mañana. El vuelo de Sabena ya habría despegado y, en siete horas, aterrizaría en el aeropuerto de Kinshasa, la capital de ese infierno llamado República Democrática del Congo.

Apretó las manos en el volante al imaginarla sentada junto al doctor Auguste Vanderhoeven, que no perdería oportunidad

para tocarla. ¿Se habría inclinado sobre ella para ayudarla con el cinturón de seguridad? ¿Le secaría el sudor cuando Matilde se descompusiera al despegar el avión? Pisó el acelerador y la aguja del velocímetro superó los doscientos kilómetros por hora. El ganso de Vanderhoeven la había sujetado por el brazo al saludarla en la recepción del Aeropuerto Charles de Gaulle, y él lo había atestiguado en silencio y desde lejos, mientras se refrenaba para no saltar sobre el médico belga y molerlo a golpes. Había decidido marcharse para evitar un escándalo que no lo beneficiaría a los ojos de Matilde. Su imagen estaba por los suelos. Ella lo creía poco menos que un asesino a sueldo. Lo cierto era que no tenía derecho a tener celos. Matilde ya no le pertenecía. Ella no deseaba pertenecerle; nunca lo había deseado, y eso le dolía de un modo visceral. Juana Folicuré —nadie conocía a Matilde como Juana— sostenía otra hipótesis. Él prefería no cavilar sobre esa posibilidad; no acostumbraba a basar su vida en esperanzas. Se ajustaría a los hechos y superaría haberla perdido. No podía ser tan difícil.

Exactamente dos meses atrás, el 6 de febrero, la víspera de su cumpleaños, él y Matilde habían recorrido ese mismo camino hacia Ruán. Giró la cabeza y la vio sentada a su lado, atenta a lo que él le contaba. Resultaba fácil hablar con ella, confiarle pensamientos y vivencias que no habría compartido con nadie. Matilde sabía escuchar, no se escandalizaba, no condenaba ni juzgaba, y lo hacía inmersa en ese halo de paz que a él lo atraía como un vaso de agua atrae al sediento. Entonces, ¿por qué no se había atrevido a confesarle los pasajes más oscuros de su vida, sus años como soldado en *L'Agence*, su matrimonio con Samara y sus infidelidades, en especial con Céline? Se convenció de que nadie en su sano juicio le habría dicho a la mujer amada que había tenido un romance durante años con su hermana mayor. Tampoco se había atrevido a explicarle la naturaleza de su oficio, la de soldado profesional, llamado con desprecio mercenario. Finalmente, Matilde se había enterado de todo, de su *affaire* con Céline, o con Celia —Matilde no usaba el seudónimo de la afamada modelo sino su verdadero nombre—, y de que su empresa, Mercure S. A., no se limitaba a la seguridad sino que su razón de ser dependía de que en el mundo hubiese guerra. Matilde lo despreciaba.

Ella tampoco había sido sincera. Le había ocultado que a los dieciséis años, como consecuencia de un cáncer de ovario, le habían extirpado los órganos reproductores. Matilde jamás tendría hijos. Precisamente había sido Céline la que se lo había revelado, en un acto de crueldad, frente a una Matilde demudada, llorosa y suplicante. Le tembló el mentón y se le humedecieron los ojos al recordar la escena en las oficinas de Mercure. Bajó la velocidad con dos cambios de marcha. Olvidar a Matilde sería muy difícil. La intensidad de la pasión compartida había creado un vínculo entre ellos que el tiempo no destruiría. «¡Qué ironía!», pensó. «La Naturaleza da hijos a madres que jamás deberían serlo y se lo impide a mi Matilde, que habría sido la mejor madre de todas. Mi Matilde.» Olvidarla no sería fácil. Lo de ellos era indisoluble. A esa conclusión le siguió una concatenación de recuerdos que le robaron sonrisas en contra de su disposición, incluso alguna corta carcajada. La última evocación lo puso frente a la realidad y le opacó la mirada de nuevo.

«¿Cuándo pensabas decirme que no podías tener hijos?» «¡Nunca! No pensaba decírtelo nunca porque sabía que lo nuestro tarde o temprano iba a terminar. Lo de Celia en el George V solo precipitó lo inminente.» «¿De qué estás hablando? ¿Qué querés decir con eso?» «De que, cuando me fuera al Congo, iba a terminar con lo nuestro. No tenía futuro. Yo no confiaba en vos. Cada mujer que se te acercaba me volvía loca de celos. Por otra parte, está mi carrera, que es primordial para mí.» La ira retornaba, y la aguja del velocímetro escalaba. «Me usaste, Matilde.» Sacudió la cabeza, incapaz de creer sus propias palabras. La imagen de Matilde como una mujer interesada, especuladora y fría resultaba tan desacertada como la de la madre Teresa de Calcuta vestida con un traje de Valentino. Por mucho que Matilde se empeñase en alejarlo, él sabía que lo amaba; necesitaba aferrarse a esa creencia para no desmoronarse. Sí, lo amaba. Se lo había dicho con esa última mirada que cruzaron poco más de dos horas atrás en Charles de Gaulle. «¿Por qué, mi amor, por qué?», clamó su alma. ¿Por qué Matilde no podía perdonarlo si poseía el corazón más noble que él conocía? «La pregunta que cabe acá es», le había dicho Juana

el día anterior, «¿se perdonará Matilde el hecho de ser una mujer infértil y se permitirá ser feliz junto al hombre que ama? Eso será más difícil, papurri». Quizá no debería desechar la teoría de Juana, que aseguraba que Matilde no quería atarlo a ella porque no le daría hijos. A la luz de esa interpretación, algunos comportamientos y comentarios cobraban sentido. Se acordó del empeño de Matilde por evitarlo apenas se conocieron, aunque esa actitud se relacionaba con su imposibilidad para hacer el amor, algo de lo que él la sanó y que la había hecho inmensamente feliz. ¿Se acostaría con otro ahora que había superado el trauma y saboreado los placeres del sexo? Si el roce de Vanderhoeven en el brazo de Matilde al saludarla por poco lo desquicia, no se atrevía a imaginar la extensión que alcanzaría su ira al enterarse de que se acostaba con él, o con cualquier otro.

—¡Es mía! ¡Mía! —dijo entre dientes, en la soledad del Aston Martin.

Se reprochaba haber pasado por alto detalles que lo habrían guiado a la verdad, como por ejemplo que Matilde no menstruaba. Pese a haber convivido durante casi dos meses, no reparó en que ella jamás se negaba a tener relaciones sexuales con la excusa del período; nunca descubrió compresas en el cesto del baño, como acostumbraba a ver cuando vivía con su esposa Samara. Matilde no se quejaba de dolor de ovarios ni de cabeza, ni decía, como solía hacer Samara: «Hoy estoy sensible porque me ha venido, así que trátame bien». Matilde siempre era la misma, su humor no se alteraba, salvo los días posteriores al ataque en la Capilla de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa, algo justificable y comprensible. La creyó cuando le aseguró que los comprimidos que tomaba eran vitaminas; él nunca investigó. Juana le explicó que se trataba de la medicación para preservar el equilibrio de su cuerpo, que había sufrido un trauma al verse desprovisto de su aparato reproductor de la noche a la mañana. Juana había empleado un término médico: menopausia quirúrgica.

—Mat vivió a los dieciséis años lo que una mujer normal vive a los cincuenta o cincuenta y cinco. Eso es muy traumático. El *shock* para el cuerpo es brutal, y la paciente tiene que estar medicada para no perder el calcio, por ejemplo, y que los hue-

sos se le hagan polvo. También hay que medicarla para que no sufra molestias vaginales y sequedad, o para que no pierda el deseo sexual.

—¿Por eso no quería tener sexo con su esposo?

—No. Ella estaba medicada y compensada cuando se casó con Roy. A Mat se le juntaron muchas cosas. Perder la capacidad para reproducir la devastó. Eso, sumado a la educación que recibió y a la familia disfuncional de la que venía, fue suficiente para anularla como mujer. Mat padecía de vaginismo. Es una afección más común de lo que creemos. La vagina se contrae e impide la penetración. Su familia debió llevarla a un psicólogo durante la quimio y después, pero no lo hicieron. Fue una animalada dejarla sola con todo eso.

—¿Por qué no la llevaron? —se enfureció Al-Saud.

—¡Ah, Eliah! Si conocieras a la familia de Mat no me harías esta pregunta. El padre estaba preso y la madre se borró. ¡Imaginate que no la acompañaba al sanatorio a hacerse la quimio porque decía que el olor la descomponía! Su hermana Dolores acababa de casarse de apuro. Embarazada —explicó—. Y Celia hacía poco que vivía acá, en París. No habría sido de mucha ayuda de todos modos; más bien todo lo contrario. Siempre odió a Matilde. Su abuela, una sargento de la Gestapo, pensaba que los psicólogos eran todos de izquierda y ateos, así que jamás habría permitido que su nietita cayera en manos de un hereje. Su tía Enriqueta sí quería que Mat tuviera apoyo psicológico, pero no le hacía frente a la vieja Celia y terminó por lavarse las manos.

—¡Dios mío, Juana! Estaba sola. Matilde estaba sola...

—Su abuela la acompañaba a hacerse la quimio, pero habría sido mejor que no lo hiciera porque se lo pasaba despotricando y la ponía nerviosa. Ezequiel y yo estábamos siempre con ella y, cuando podíamos, la acompañábamos a la quimio. Pero éramos dos pendejos inmaduros y no sabíamos bien a qué nos enfrentábamos. Cuando te conoció a vos, hacía meses que había empezado terapia con una psicóloga muy buena. Poco a poco, había comenzado a entender qué le pasaba. Yo creo que nunca pudo hacerlo con Roy simplemente porque no lo deseaba. Después, apareciste vos y desataste el nudo que le impedía ser feliz. Y la convertiste en una mujer completa.

Carraspeó y se secó los ojos con el puño de la camisa. No quería detenerse a pensar en lo que Matilde había sufrido siendo apenas una adolescente; no se la imaginaría durante las horas en que recibía la quimioterapia o perdería el juicio. Lo atormentaba recrear la escena en la cual los médicos le comunicaban que le habían extirpado los ovarios y el útero (Juana se la había referido someramente). ¿Qué hacía él mientras Matilde se debatía entre la vida y la muerte? En el 87, vivía la mayor parte del tiempo en la base de Salon-de-Provence, donde completaba sus estudios como aviador. Se sentía capaz de conquistar cualquier meta. Estaba casado con una mujer a la que amaba y tenía a Céline, una amante fogosa y sensual que satisfacía sus fantasías. En tanto, a miles de kilómetros de su vida perfecta, Matilde padecía porque sus sueños de ser madre y de formar una familia se destrozaban. Ajustó las manos en el volante y apretó los dientes al evocar la noche en que, al verla con su sobrino Dominique, entró en la habitación de juegos y le suplicó que fuera la madre de sus hijos. ¡Cuánto la había herido! Al descubrir la expresión de Matilde y las lágrimas en sus ojos, debió darse cuenta de que ocultaba un secreto. ¡Qué ciego había estado!

—*Merde! Merde!* —exclamó, y golpeó el volante con la palma de la mano derecha, algo insensato a la velocidad que conducía.

También debió sospechar que algo oscuro la perturbaba cuando le pidió que se casara con él. La sorpresa que le provocó el rechazo de Matilde lo desorientó. Había estado seguro de que aceptaría. Ella lo amaba tanto como él a ella. Aunque jamás se lo había confesado, él sabía que lo amaba. No existían palabras para describir lo que los unía. Era mágico. Un roce de manos, una mirada, un gesto, una sonrisa o una carcajada, cualquier detalle encendía un fuego entre ellos que se extinguía en la cópula para renacer de nuevo con un roce, una mirada, un gesto o una sonrisa. El ciclo parecía interminable. Verla aparecer le cambiaba el ritmo cardíaco y alzaba un espíritu salvaje y posesivo dentro de él que había permanecido dormido durante sus treinta y un años, para despertar el día en que vio a Matilde Martínez por primera vez en el aeropuerto de Buenos Aires.

Ese espíritu salvaje y posesivo era bestial y no admitía que nadie la admirase excepto él; incluso le molestaba que Alamán la abrazase, algo común entre ellos dada la amistad que habían entablado y las maneras expansivas de su hermano. No lo controlaba en el momento, pero después, cuando descubría las marcas impresas en sus piernas, brazos y senos, se arrepentía de la forma brutal con que le hacía el amor. Lo desconcertaba que la fragilidad y la pureza de Matilde exacerbaran su lado más oscuro y primitivo, lo azoraba el fatalismo con que ella lo aceptaba, sin quejas ni reproches, y le avergonzaba su incapacidad de sojuzgarlo. Presentía que en esa manera inmisericorde de amarla se ocultaba una gran cuota de inseguridad porque, ahora lo veía con claridad, siempre había sabido que Matilde no le pertenecía. Por más que poseyera su cuerpo, no había logrado apropiarse de su corazón ni de su alma. Si hubiese tenido que describirla, habría dicho que Matilde no pertenecía a este mundo y que era una criatura etérea, perfecta e inalcanzable. Sin embargo, y en contra de la evidencia, él se sentía su dueño.

Olvidar a Matilde no sería difícil sino imposible.

Matilde simulaba dormir recostada sobre el asiento de Juana, que sabía que estaba despierta porque veía las lágrimas que se le escurrían por los párpados y le bañaban las mejillas. Guardaba silencio y hojeaba una revista para evitar que Auguste Vanderhoeven, sentado al otro lado, junto a Matilde, se interesase y preguntara.

—Voy a buscar algo para tomar —susurró Vanderhoeven a Juana—. ¿Quieres que te traiga algo?

Juana sonrió y negó con la cabeza. Apenas lo vio alejarse por el pasillo del avión, se inclinó sobre Matilde.

—Auguste se fue. ¿Qué pasa, Matita?

Matilde apretó los párpados y se mordió el labio para no romper en un llanto abierto. Juana siseó para calmarla y le besó la sien.

—Matita, tranquilizate. Tomá —le pasó un pañuelo de papel—, secate las lágrimas y soplate los mocos. Dale, vamos. —La ayudó a incorporarse.

Matilde temblaba en el esfuerzo por contener el llanto. No quería hablar.

—Abrazame, Juani —pidió con voz temblorosa.

Juana levantó el apoyabrazos y la atrajo hacia ella. Matilde se acurrucó en el asiento del avión y descansó la cabeza sobre las piernas de su amiga, cuyas caricias la fueron calmando. Vanderhoeven regresó y, al ver a Matilde de esa guisa, se preocupó.

—No se siente bien —explicó Juana—. ¿Podrías conseguir un té con leche y azúcar, por favor?

El médico belga apretó el ceño antes de desaparecer de nuevo por el pasillo. Matilde se incorporó, se secó las lágrimas y se sonó la nariz. Fue al baño a lavarse la cara. Evitó contemplarse en el espejo; no toleraba el reproche de sus propios ojos. Salió deprisa, ansiosa por volver al cobijo de Juana. Vanderhoeven le había traído el té y la estudiaba con una mueca entre ansiosa y triste. No lo soportaba en ese momento. El belga agitaba memorias a las cuales no deseaba enfrentarse. Tiempo atrás, Eliah y ella habían discutido a causa de él. Al-Saud se había puesto celoso y agresivo. Ocultó una sonrisa tras la taza de té al evocar la reconciliación que había tenido lugar en la sala de la piscina, cuando le practicó una felación y lo hizo vibrar y gritar, a pesar de ser nueva en esas artes y de no poseer habilidad. Sus comisuras bajaron lentamente y una sombra se posó sobre su expresión a medida que la imagen de su hermana Celia, de rodillas frente a Eliah, desplazaba a la anterior. ¿Siempre sería igual? ¿Jamás abandonaría los pensamientos de Celia y de Eliah juntos? La atormentaban, la perseguían, le quitaban la paz.

Devolvió la taza de té a Vanderhoeven, le musitó un «gracias» y se ovilló en su asiento, dándole la espalda. Quería dormir y no soñar; quería olvidar, enterrar los recuerdos y las escenas que una vez había decidido atesorar. A pesar de haber sido consciente de que cuando partiese hacia el Congo la relación con Eliah Al-Saud acabaría, la había consolado pensar que quedarían cada palabra pronunciada, cada caricia, cada acto de amor. En ese instante, si los rememoraba, le causaban dolor porque estaban manchados por la presencia de Celia, que se había metido entre ellos. ¿O ella se había metido entre Celia y Eliah?

Como un azote cayó la escena vivida en las oficinas de Mercure, cuando tantas verdades saltaron a la luz y, paradójicamente, la sumieron en la oscuridad. No se dio cuenta de que apretaba los dientes mientras repasaba los segundos que le había llevado a Celia revelarle a Eliah que ella era una mujer castrada, que jamás concebiría. «¿Para qué querrías a tu lado a una mujer que no puede darte hijos?» «¿A qué te refieres con que no puede darme hijos?» «¿Ah? ¿No te lo ha dicho? Interesante.» «¿De qué estás hablando, Céline?» «De que mi hermanita querida no es una mujer completa. De que está vacía porque le sacaron los órganos reproductores. No tiene ovarios ni útero ni trompas ni nada. La vaciaron a los dieciséis años como consecuencia de un cáncer feroz.» «Estás mintiendo.» Esa última frase, Al-Saud la había expresado casi sin aliento, con un acento que implicaba desesperación e incredulidad, y se clavaba en el corazón de Matilde como una flecha. La vergüenza lo hacía bombear de una forma lenta y dolorosa. Ella había planeado que él nunca se enterase de su estigma. El orgullo la había conducido a idear esa mentira. Sin embargo, la mentira tiene patas cortas y la verdad siempre se abre camino, en su caso, de la peor manera, dejándola expuesta, ultrajada y destruida ante el hombre al que amaba. Dios la castigaba por haber jugado con Eliah. Ella jamás debió ceder y empezar la relación porque sabía que lo heriría si su corazón quedaba involucrado. Pero él se mostraba tan fuerte y dominante, y ella lo deseaba tanto que, contra todo razonamiento, se embarcó en la aventura de amarlo y le hizo daño.

La noche anterior, Juana, después de desaparecer durante un buen rato, había regresado a casa de Jean-Paul Trégart bastante nerviosa y le habló con dureza mientras terminaban de hacer las maletas.

—¡No me vengas a decir que lo amás!

—Sabés que sí, que a pesar de todo lo amo.

—No se lastima si se ama. No se miente si se ama.

—Lo hago por él.

—¡Ja! Si eso hacés por alguien que amás, no quiero pensar lo que harías por alguien que te cae mal.

Juana se expresaba con sabiduría. ¿Lo había alejado por

amor, por orgullo o por despecho? Pocas veces había experimentado una confusión tan honda.

Juana se apiadó de su amiga y se inclinó sobre ella.

—¿Qué pasa, Matita? ¿Por qué llorás así?

—Lo vi, Juani.

—¿A quién?

—A Eliah.

El efecto del nombre las enmudeció durante algunos segundos.

—¿Dónde lo viste?

—En el aeropuerto. Vos y Ezequiel se pusieron a hojear unas revistas y yo me di la vuelta porque sentí como si me tocasen el hombro. Él estaba a varios metros, cerca de la puerta de entrada. Nos miramos. Y él...

—Sssh. No llores. ¿Él qué?

—Él estaba llorando. Tenía los ojos brillantes, y las lágrimas le...

Matilde se mordió el labio y se ovilló de nuevo para atrapar, antes de que escapase, el grito de dolor que la habría liberado de la opresión en el pecho. Juana abrazó a Matilde y apoyó la mejilla en su espalda. La imagen de Eliah Al-Saud, uno de los hombres más duros que conocía, llorando la conmocionó.

—¿Por qué no fuiste a consolarlo?

—¡Quise hacerlo! —sollozó en un murmullo—. Justo llegó Auguste, me distrajo y, cuando pude liberarme, Eliah ya no estaba. Lo busqué por todas partes y no lo encontré.

—Ah —se lamentó Juana—, este Auguste es menos oportuno que la peste bubónica.

Juana abrazó y acarició el cabello de Matilde hasta que, por fin, se durmió. Se despabiló un rato después a causa del alboroto producido por las azafatas, que servían el almuerzo. Matilde picoteaba su comida, asentía y se esforzaba por sonreír a los comentarios de Auguste, empeñado en distraerla. No podía evitar sentir resentimiento por Vanderhoeven. Debido a su aparición, había roto el contacto visual con Eliah y lo había perdido de vista, quizá para siempre. Aunque, analizado desde una óptica más sensata, era lo mejor. Nada había cambiado: ella seguía siendo una mujer castrada que viajaba hacia el Congo y él, un

mercenario y el amante de su hermana Celia. Si bien sufriría durante un largo tiempo, lograría superarlo, como había superado tantas pruebas a lo largo de sus veintisiete años.

Takumi Kaito emergió de su meditación con el equilibrio restaurado. Levantó los párpados lentamente para conectarse con el mundo exterior. Los colores del dojo, el aroma del sahumerio, los relinchos de los caballos frisones, las voces de los veterinarios y de los empleados y la calidez del sol, cuya luz se filtraba en diagonal y bañaba el tatami, fueron materializándose para devolverle el uso de los sentidos. Permaneció sentado, con la espalda erecta y las manos apoyadas sobre las rodillas. La inquietud que lo asolaba desde hacía varios días había desaparecido, aunque le había costado expulsarla. Él la relacionaba con Eliah, y le recordaba a la angustia experimentada la noche en que Samara falleció en el accidente automovilístico.

El ruido de un motor hirió la paz de la hacienda. Unos neumáticos crujieron bajo el pedregullo ante la violencia de la frenada. Takumi se incorporó y caminó hacia la ventana. Divisó el Aston Martin de Eliah y sonrió, feliz de tenerlo en casa. De inmediato, al verlo descender, advirtió la energía perturbadora que lo circundaba. Esperó, con la vista clavada en el automóvil. Matilde no estaba con él. Laurette salió a recibirlo y lo abrazó después de secarse las manos en el delantal. «Ay, esposa mía», suspiró Takumi Kaito, «no lo apabulles con tu cariño que nuestro Caballo de Fuego no está de humor». Eliah, no obstante, devolvió el abrazo a Laurette y le sonrió. Takumi supo en qué instante su esposa le preguntó por Matilde: el cambio en la expresión de Eliah fue radical. Suspiró y se movió hacia la puerta, dispuesto a encontrarlo.

—*Bonjour, sensei* —dijo Al-Saud al verlo asomarse al balcón que daba a la sala principal. Por el traje de karate que vestía su maestro, comprendió que había estado usando las instalaciones del gimnasio.

—*Bonjour, Eliah*. Es una alegría verte.

Se abrazaron al pie de la escalera. Takumi, veintidós centímetros más bajo que Al-Saud, estiró las manos y le sujetó la

cara para mirarlo a los ojos. Se contemplaron de hito en hito. Takumi asintió con el talante de quien confirma algo que sospechaba y le palmeó la mejilla antes de apartarse para permitirle seguir su camino hacia la planta superior.

Takumi abandonó la casa principal y cruzó la distancia que lo separaba de la suya, similar a la principal, en piedra blanca y madera, aunque más pequeña. Entró en la cocina e interrogó a su esposa en japonés.

—¿Le has preguntado por Matilde? —La mujer asintió con aire contrito—. ¿Qué te ha dicho?

—Que se ha ido.

—Laurette, no la menciones durante el almuerzo.

Al-Saud prefirió comer en casa de su maestro, o *sensei*, como lo llamaba desde los catorce años. Al igual que su casa en París, la de su hacienda en Ruán estaba contaminada por la presencia de Matilde. No había rincón que no lo sumiera en un estado de nostalgia y de remembranza. Le pareció oír la risa de Matilde la tarde en que volvieron de montar y cruzaron la sala y subieron la escalera corriendo, urgidos por un deseo que solo mitigaron después de horas de sexo. No podía dirigir la vista hacia la zona de la chimenea porque la veía echada sobre la alfombra, envuelta en una manta, cerca del fuego. Si cerraba los ojos, le parecía escuchar la voz de Gloria Gaynor interpretando *Can't take my eyes off of you* y el dolor se tornaba insoportable. Insultó entre dientes y abandonó la casa rumbo a la de Takumi con la urgencia de quien deja atrás un sitio embrujado.

Laurette habló durante la comida. Takumi y Al-Saud asentían, sonreían o respondían con monosílabos. Aunque silencioso y sombrío, Eliah comenzaba a recuperar la armonía gracias a la influencia de sus amigos; a pesar de traerle recuerdos, la hacienda operaba de un modo positivo en su ánimo. Le había hecho bien comprobar que la actividad continuaba, que sus empleados se ocupaban de los frisones y que la vida seguía su curso. Destinó la tarde a revisar las caballerizas, a visitar a una yegua a punto de parir, a hablar con los veterinarios y a disponer el traslado de un ejemplar vendido a un jeque de Qatar. Cada tanto, echaba una ojeada a su reloj. El avión de Matilde aterrizaría en Kinshasa alrededor de las seis de la tarde, las sie-

te en Francia. Aunque mostrase interés en el día a día de la hacienda, no pasaba un segundo en que no la pensara. «¿Cómo estás, mi amor? ¿El piloto fue descuidado al despegar y te mareaste? No permitas que el ganso belga te toque, por favor. No permitas que nadie te haga daño, Matilde.» Por momentos, su disposición cambiaba de modo drástico, y el rencor y la rabia afectaban a su humor de tal forma que los caballos lo percibían y se agitaban, y él se apartaba para no perturbarlos. Cerca de las siete de la tarde, abandonó sus intentos por concentrarse en otras cuestiones y se dirigió al gimnasio, donde descargó la impotencia, la tristeza y el resentimiento que, desde el 20 de marzo, es decir, desde hacía diecisiete días, no le daban tregua y, sobre todo, le quitaban las ganas de seguir adelante. Terminó exhausto, agitado y sudoroso, cabeza abajo, colgado de la barra donde practicaba abdominales, con la mirada perdida. En realidad, estaba viendo a Matilde como la había visto dos meses atrás, cuando, plantada frente a él mientras ejercitaba, le dio a entender con la mirada estática, desprovista de pestañeos, que lo anhelaba. No conocía a otra persona más transparente que ella.

Se irguió en la barra y exhaló el aire con violencia. Saltó al tatami en el punto donde le había hecho el amor y se quedó de pie, aturdido por la mezcla de excitación y dolor. El efecto resultaba tremendo. Caminó deprisa hacia el baño mientras iba arrancándose las prendas deportivas. Se lanzó dentro de la ducha y se bañó con agua fría. Cenó en casa del matrimonio Kaito. Comió poco y habló menos. Incluso Laurette se vio afectada por su estado de ánimo y casi no pronunció palabra. Los silencios los llenaba la voz de la locutora del programa de noticias de un canal de televisión. Al-Saud no hizo sobremesa y, en cuanto Laurette retiró los platos, rechazó el postre y se despidió. No encendió las luces al entrar en su casa. Le bastaba con el resplandor de la luna sobre la alfombra. Se apoltronó en el sillón frente a la chimenea con una taza de café en su mano izquierda y el control remoto del equipo de música en la derecha. Seleccionó el *Adagio en sol menor* de Albinoni y después, la Zarabanda de la *Suite para clave en re menor* de Händel. Terminada la Zarabanda, volvió a ejecutar la pieza de Albinoni y, termina-

da esta, volvió a la *suite* del compositor alemán, y así muchas veces. Había algo de perversidad en ese deleite. La música, lánguida y triste, se apiadaba de él y lo entendía, al tiempo que profundizaba su amargura. Esa noche se permitiría sentirse miserable y desdichado, quería hundirse en su pena hasta tocar el fondo de ese pozo negro y frío. Ya no sabía estar solo. Su amor por la libertad se había esfumado. Su independencia era cosa del pasado. Matilde, su voz a duras penas audible, sonrojada y dulce, había entrado en su vida con la mansedumbre de una brisa primaveral para operar en él con la fuerza demoledora de un huracán. Apretaba la taza del café con la misma intensidad con que tensaba el rostro para evitar que sus lágrimas escaparan. Apretó hasta sentir calientes las sienes y el latido de la yugular en el cuello. Resistió hasta que el clamor agónico que le comprimía el plexo solar terminó por quebrarlo. Lo soltó, regando gotas de saliva; salió como el rugido de una bestia lastimada. Echó la cabeza hacia atrás y lloró amargamente. La angustia mantenida a raya a lo largo del día se abrió paso como una tormenta de verano, intensa, copiosa y rápida. Quedó tendido en el sillón, con la nuca sobre el respaldo, horadando la oscuridad que se cernía sobre él.

Estaban a punto de aterrizar en el aeropuerto de Kinshasa. Matilde consultó la hora y se quedó mirando el reloj Christian Dior que Eliah le había regalado. Ese simple acto, el de elevar la muñeca para ver la hora, desató una oleada de dolor y de recuerdos. El reloj era lo único de él que se había permitido conservar.

—¿Qué hora es en el Congo? —preguntó.

—Depende —respondió Vanderhoeven—. En Kinshasa son las seis y diez de la tarde. En la región este, que es hacia donde nos dirigiremos mañana, las siete y diez. El país, desde el punto de vista horario, está dividido en dos. También lo está desde un punto de vista político —añadió, con una media sonrisa.

A Matilde no le extrañó que el belga supiese ese detalle del Congo. Era la quinta vez que lo visitaba, siempre con Manos

Que Curan. La joven ajustó su reloj de acuerdo con la hora en la zona este y se acomodó en su asiento a la espera del aterrizaje. Cerró los ojos y ejercitó la respiración como Eliah le había enseñado para no marearse.

Al descender del avión, el calor la recibió como un golpe, y ella, que nunca sudaba, se cubrió de una película de transpiración. Aunque estaba habituada a las altas temperaturas estivales de Córdoba y de Buenos Aires, la sensación de opresión la tomó por sorpresa. Le costó respirar en el aire densificado a causa de microscópicas gotas de agua. Se sujetó del brazo de Juana al marearse.

—¡Aquí sí que hace calor!

—No te olvides, Juana —apuntó Auguste—, que estamos muy cerca del ecuador. Estaremos aún más cerca cuando viajemos a la región de las Kivus. Matilde, ¿te encuentras bien? Estás pálida.

—Sí, estoy bien —dijo, más bien cortante, para no promover una situación que implicase contacto físico con el médico belga.

Los llevó algo más de una hora pasar por los controles de pasaporte y aduanas. Matilde y Juana, por orden de Vanderhoeven, no abrieron la boca y evitaron el contacto visual con los empleados.

—El Congo es uno de los países más corruptos del mundo. Tendremos suerte si salimos del aeropuerto no habiendo pagado un soborno a algún empleado del Gobierno.

Matilde admiró la destreza con que el belga se manejó, primero con los de Migraciones y luego con los de la aduana. Se mostró cordial aunque firme, y cuando un oficial puso en tela de juicio el documento donde se acreditaba que Juana había recibido la vacuna contra la fiebre amarilla, obligatoria para ingresar en la República Democrática del Congo, Vanderhoeven elevó el tono de voz, pidió hablar con el superior y armó un pequeño revuelo que surtió efecto pues no hizo falta convencer a nadie con francos congoleños. Matilde dedujo que pesaba el hecho de que Vanderhoeven fuese oriundo de Bélgica, pues aún prevalecía la actitud sumisa y respetuosa ante quien había sido amo y señor de esa tierra hasta 1960.

—¿Tomaremos un taxi? —se interesó Juana mientras caminaban hacia la zona de llegadas.

—¿Un taxi en Kinshasa? —se rio Auguste—. Sería más fácil conseguir una nave espacial. Vendrá a buscarnos el jefe de la misión de MQC. Es un gran amigo mío y un hombre excepcional.

Jean-Marie Fournier, el jefe de la misión de Manos Que Curan en la República Democrática del Congo, los esperaba con una sonrisa ansiosa. Abrazó a Vanderhoeven antes de saludar a Matilde y a Juana. El doctor Fournier, de unos cincuenta años, poseía una simpatía natural y sincera que de inmediato se ganó el corazón de las jóvenes médicas.

Al salir del aeropuerto, el aire caliente y húmedo los envolvió como mantas. Había gran movimiento de automóviles y de gente, y a Matilde le llamó la atención el colorido de los vestidos de las mujeres. Enseguida reparó en que la miraban con fijeza y que comentaban entre ellas.

—Admiran tu pelo —le explicó Vanderhoeven—. Además, les sorprende la blancura de tu piel. Ya verás que las mujeres africanas, no importa cuán adversa sea su situación, siempre se preocupan por la apariencia estética. Son muy coquetas. Tienen una obsesión con el cabello y hacen de todo para alisar sus rizos.

Fournier los condujo a la casa que Manos Que Curan mantenía en Kinshasa, aunque, explicó, la actividad se desarrollaba en otras zonas del país. La capital congoleña era de las más grandes del África subsahariana, con altos edificios, largas avenidas, un tránsito caótico y mucha pobreza. Fournier iba hablando acerca de la crítica situación humanitaria en la que se hallaba sumida la región.

—Lo cierto es —concluyó— que la cosa no difiere mucho de lo que Joseph Conrad nos narraba en su libro *El corazón de las tinieblas*. Ahora la crueldad de los belgas ha sido reemplazada por la de los señores africanos de la guerra, corruptos y crueles hasta decir basta.

Matilde no pudo ver la expresión de Vanderhoeven —iba sentado en el asiento del acompañante— ante la mención de «la crueldad de los belgas». Agitaba la cabeza como si asintiera,

aunque ella no atinaba a decidir si la mecía debido al movimiento del automóvil.

En la casa, apenas sacaron de las maletas unas cuantas pertenencias para pasar la noche y se asearon antes de la cena. Juana y Matilde ayudaron a una muchacha nativa a poner la mesa. Gracias a unos ventiladores de techo, la comida se desarrolló en un ambiente fresco, y la calidez de Fournier la convirtió en un momento distendido, más allá de la seriedad de los temas abordados, como por ejemplo la crítica situación en Kivu Norte a causa de un brote de meningitis bacteriana.

—Espero que descanséis bien esta noche —dijo Fournier— porque, apenas lleguéis mañana por la mañana a Goma, nos trasladaremos al terreno para trabajar. No damos abasto con las punciones.

—¿Adónde nos destinarán? —quiso saber Auguste.

—Os llevaremos al hospital de Masisi. Es una ciudad a unos ochenta kilómetros al noroeste de Goma —explicó para las muchachas—. Masisi se encuentra en el corazón del conflicto y del brote de meningitis.

—¿A qué se debe el conflicto? —se interesó Juana.

Fournier exhaló con una mueca de hastío antes de explicar que en mayo del año anterior, el actual presidente, Laurent-Désiré Kabila, había derrocado al régimen de Mobutu Sese Seko, un dictador cruel y corrupto que, al perder el apoyo de Occidente, se precipitó en un abismo de soledad política y militar. Para hacerse con Kinshasa en mayo de 1997, el grupo rebelde de Kabila había recibido ayuda de los gobiernos de Ruanda y de Uganda, manejados por Estados Unidos. Sin embargo, la colaboración prestada no había nacido de un acto de caridad sino de la ambición. Tras la victoria, y después de tomar el gobierno de un país devastado por la pobreza, la corrupción y la violencia, Kabila planeaba quitarse de encima a los ruandeses y a los ugandeses porque sabía que estos codiciaban los recursos naturales del país.

—Tenéis que saber —aclaró Fournier— que la República Democrática del Congo es uno de los países más ricos del mundo, porque así como Arabia Saudí tiene las mayores reservas de petróleo del mundo, en el Congo están las mayores reservas de minerales.

«Pensar que el padre de Eliah rechazó ser rey de Arabia Saudí por amor a una mujer», se dijo Matilde. Enseguida volvió su atención a Fournier al oír la palabra coltán.

—En verdad, esta situación tensa gira en torno al control de la región de las provincias Kivu Norte y Kivu Sur, donde se encuentran las minas de coltán. Porque aunque cada facción diga que lucha por esto o por aquello, la realidad es que están disputándose el coltán, y lo hacen por cuenta de las multinacionales europeas y norteamericanas.

—¿Cuáles son las facciones? —preguntó Vanderhoeven.

—¡Tantas! —se lamentó Fournier—. Además de los ejércitos propios del Congo, de Uganda y de Ruanda, están los banyamulengue...

—¿Los qué? —se rio Juana.

—Banyamulengue —repitió Fournier—. Tendrás que ir acostumbrándote a estos nombres raros y extensos. Los banyamulengue son una etnia tutsi propia del este del Congo. El jefe munyamulengue (es el singular de banyamulengue) es Laurent Nkunda, que tiene su centro de operaciones en Rutshuru, una ciudad de Kivu Norte.

Matilde recordó el nombre de esa ciudad. En los escasos correos electrónicos que había intercambiado con su prima Amélie, ella la había mencionado.

—También están los mai-mai. Son un grupo de milicianos manejados por los jefes tribales que apoyan al Ejército congoleño, es decir, al Gobierno de Kinshasa, pero que también se dedican al pillaje, las violaciones y la muerte. Son una peste, a decir verdad. A esto debemos sumar el grupo llamado de los *interahamwes*, que son los hutus que perpetraron el genocidio del 94 de tutsis y hutus moderados en Ruanda, y que, tras la derrota, huyeron a esconderse en el Congo.

—¡Qué confusión! —se quejó Juana.

—Entonces —recapituló Vanderhoeven—, por un lado están los ejércitos regulares del Congo, de Ruanda y de Uganda y por el otro los irregulares, que son los banyamulengue, con Nkunda a la cabeza, los mai-mai, que apoyan al presidente Kabila, y los *interahamwes*, que son hutus ruandeses.

—Digamos —apuntó Fournier— que esos son los princi-

pales ejércitos irregulares, pero hay varios grupúsculos más. Esta es una gran caldera a punto de estallar.

—Aún no comprendo —intervino Matilde— cuál es el problema aquí.

—El problema aquí es —respondió Vanderhoeven— que todos quieren apoderarse de la región de las Kivus, aunque esconden su verdadero objetivo tras discursos de odio racial y de venganzas por viejas rencillas.

—Esta es una lucha por el control del coltán. Así de simple. Los grandes centros de poder mundial lo quieren y usan a los nativos para lograr su cometido.

—Divide y reinarás —citó Matilde.

—Exactamente —acordó Fournier—. Después de diez años trabajando para MQC en África, puedo asegurarte que es muy fácil dividir a los africanos. Arrastran odios tribales de la época anterior al colonialismo. No olvidan. Menos aún perdonan, y los de afuera se aprovechan.

Matilde repasó en su mente el famoso verso de *La vuelta del Martín Fierro*:

Los hermanos sean unidos,
porque esa es la ley primera.
Tengan unión verdadera en cualquier tiempo que sea,
porque si entre ellos pelean
los devoran los de afuera.

La emocionó recordar la sabiduría del gaucho Fierro en esa tierra tan lejana de la suya. Lo tradujo al francés lo mejor que pudo y suscitó la admiración de Fournier y de Vanderhoeven.

—En este panorama de tensión permanente —prosiguió Fournier—, la población civil, la que no pertenece a ninguna facción, sufre abusos indescriptibles. Huyen despavoridos de sus ciudades cuando alguna de las milicias irregulares entra a robar, a violar y a matar, y así se crea el fenómeno de los desplazados o de los refugiados. Son millones de personas que se agrupan en campos sin agua, sin servicios sanitarios, sin servicios médicos, sin comida y que dependen de la ayuda externa para subsistir. En estos lugares nacen las epidemias de cólera,

de meningitis y tantas otras. Algunos se esconden en la selva y allí perecen porque no tienen nada.

—¿Estallará la guerra? —Vanderhoeven se atrevió a expresar la duda que ni Matilde ni Juana se animaban a pronunciar.

El gesto de Fournier y su modo de inspirar profundo resultaron elocuentes.

—No voy a mentiros. Nuestros informantes y analistas creen que sí. Ruanda y Uganda no están obteniendo del Gobierno de Kinshasa lo que pretendían al apoyarlo para derrocar a Mobutu Sese Seko, y la tensión entre ellos es insostenible. Y todos saben que el escenario de la guerra será la región de las Kivus, donde está el coltán. En caso de que la seguridad de nuestro personal no esté garantizada, se interrumpirá la misión y todos abandonaremos el Congo.

—¡Si hay guerra, será cuando más nos necesiten! —protestó Matilde, y al subir el tono de voz desconcertó al belga y al francés.

Juana elevó los ojos al cielo antes de hablar en español.

—Matita, no nos vamos a hacer matar, ¿o sí?

—Será cuando más nos necesiten —repitió en un susurro, sin atender al comentario de Juana—. Nuestra organización se caracteriza por la neutralidad y por la independencia. No deberíamos ser objeto de la violencia regional.

—¡Ay, Mat! ¿Sos Caperucita Roja o Blancanieves?

Fournier y Vanderhoeven la contemplaron con cariño y le sonrieron de un modo condescendiente que la contrarió. Le revelarían algo que no deseaba escuchar, lo mismo que Eliah le había dicho tiempo atrás en París cuando ella le aseguró que Manos Que Curan cuidaba de su personal. «¡Manos Que Curan cuida de su gente!», se había burlado él, muy enfadado. «Por supuesto que lo hacen, pero, en un contexto bélico como el que se desatará en el Congo, quedarán tan expuestos como los propios congoleños.»

—Es verdad, Matilde —manifestó Fournier—, somos una organización humanitaria neutral, independiente y muy respetada, pero cuando una horda de rebeldes, muchas veces drogados y alcoholizados, entra en un poblado no se pone a ver quién lleva el uniforme con el logotipo de las manos en forma de pa-

loma. Matan indiscriminadamente. Muchas veces nos secuestran para pedir rescate. Aún lloramos a nuestros cuatro compañeros asesinados en Sierra Leona en el 96.

—¿Ves que sí matan a los de MQC? —le reprochó Juana.

—¿Las Naciones Unidas no harán nada para impedir que la guerra estalle? —insistió Matilde.

Fournier y Vanderhoeven intercambiaron miradas serias.

—¿Hicieron algo para impedir en el 94 la masacre en Ruanda?

—En absoluto —completó Auguste—. Ni lo harán ahora. Matilde, la ONU actúa de acuerdo con el mandato de Estados Unidos. Si las principales multinacionales interesadas en la explotación del coltán son de origen europeo y norteamericano, entonces la ONU mirará hacia otro lado.

—Dios mío —murmuró, agobiada.

—Nosotros —habló Fournier—, los de MQC, tenemos que actuar como médicos y olvidarnos de los actores políticos. Esa es nuestra misión, ayudar a los más débiles sin importar cuál sea el origen de su situación.

—Tenemos la obligación de denunciar los abusos que veamos —se empecinó Matilde.

—Y lo hacemos. Pero denunciamos lo que estamos en posición de probar. Y la verdad es que no podemos probar que las multinacionales estén detrás de las milicias rebeldes ni que la ONU esté al servicio de las grandes potencias. —Después de un silencio, Fournier se irguió en su silla y sonrió—. Yendo a temas más prosaicos y domésticos, quiero haceros algunas recomendaciones. Auguste ya las conoce y seguro que os las ha comentado, pero prefiero insistir en este punto. Para evitar la malaria y a pesar del calor, deberéis usar ropa que os cubra la mayor parte del cuerpo. Usad cada dos o tres horas el gel repelente en brazos, manos, cara, cuello, empeine, es decir, en aquellas zonas que pudieran quedar eventualmente expuestas. Y todas las noches, rociad con permetrina y en un lugar abierto la ropa que usaréis al día siguiente. MQC os proveerá. Incluso deberéis rociar el mosquitero que cubra vuestras camas cada dos o tres días. El mosquito de la malaria tiene hábitos alimenticios nocturnos, así que entre el atardecer y el amane-

cer deberéis evitar salir al jardín o estar con las piernas y los brazos descubiertos. Lo mejor es permanecer en la casa, donde generalmente tenemos ventiladores de techo o aire acondicionado; ambos artefactos irritan sobremanera al condenado mosquito. Por supuesto, no olvidéis tomar las tabletas antimalaria de las que os proveeremos durante vuestra estancia y algún tiempo después de terminada la misión. Imagino que en la sede de París os habrán advertido de que deberéis usar un calzado adecuado. Nada de chancletas, sandalias o zapatitos de tela. Si pudierais usar botas sería ideal. Un buen par de botas de cuero bastará. Las serpientes son muy venenosas en la región de la selva.

—¿Adónde mierda vinimos a parar? —masculló Juana, y le lanzó un vistazo poco amistoso a Matilde.

—En cuanto al agua —continuó Fournier—, no bebáis bajo ningún concepto. Ni siquiera la uséis para enjuagaros la boca. Evitad tragarla mientras os bañáis. MQC provee de agua mineral a todos sus empleados. ¿Estoy olvidándome de algo?

—Sí —dijo Juana—. ¿Cuándo nos darán los chalecos antibalas?

Todos rieron. Minutos después, se levantaron para encaminarse a sus dormitorios. Matilde sentía el cansancio en el cuerpo como si le hubiesen propinado una paliza. Se desvistió en silencio, haciendo caso omiso al parloteo quejumbroso de Juana, y se fue al baño para darse una ducha.

Al apoyar la cabeza sobre la almohada, sonrió; acababa de caer en la cuenta de que durante un buen rato no había pensado en Al-Saud. «Poco a poco iré olvidándolo», se animó.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Takumi se unió a Al-Saud en el gimnasio. Después de estirar y calentar los músculos, el japonés le propuso practicar *taijutsu*, una de las disciplinas que conforman el arte de la guerra japonés conocido como *ninjutsu* y que se ocupa del combate cuerpo a cuerpo, para lo cual optimiza las habilidades naturales del ser humano y utiliza el cuerpo como arma. Sus golpes pueden causar roturas de huesos y hasta la muerte. Para dificultar la prueba, Al-

Saud propuso que Takumi usara una catana mientras él peleaba sin armas y con las manos atadas detrás de la espalda. El maestro miró a los ojos a su pupilo antes de asentir con expresión serena. Buscó una cuerda y lo ató. A pesar de la disparidad de fuerzas, Takumi no le dio ventaja ni redujo su eficiencia. Lo atacó sin tregua y apeló a todas las técnicas de la disciplina (saltos, rodamientos, golpes en los músculos, en los huesos) no porque necesitara probar la destreza de su alumno sino porque quería provocarlo. Lo acicateó como a un animal acorralado y herido, lo empujó al borde de la exasperación. Al-Saud contaba con sus piernas, sus pies y su torso como únicas armas y las utilizaba con rapidez, aunque a la defensiva, todavía no pasaba al ataque. Se empeñaba en esquivar la catana y en prever los movimientos de su maestro sin emprender una táctica para ganar terreno.

—Piensa que, si no me detienes —lo incitó el japonés—, si quedas fuera de combate, me llevaré a Matilde y la haré mi mujer.

Las facciones de Al-Saud se alteraron, su cuello se tensó y los músculos y los tendones se inflamaron y sobresalieron. Takumi le conocía esa mirada de ojos inyectados en la cual el verde del iris refulgía como una esmeralda al sol. Con un clamor que perturbó al japonés, Al-Saud avanzó y, cuando Takumi se adelantó para contrarrestarlo, lo esquivó con un movimiento tan veloz e inopinado que terminó a sus espaldas. Le propinó una patada en la parte baja de la cintura y lo arrojó de cara sobre el tatami. Pateó la catana con el talón y apoyó la rodilla sobre la nuca de su maestro. Se inclinó para hablarle cerca del oído.

—Nadie toca a mi mujer.

Takumi rio por lo bajo. Al-Saud se retiró y el maestro se levantó. Después del saludo de rigor, se contemplaron fijamente, y el japonés vio con claridad el dolor sordo que perturbaba a quien quería como a un hijo. Eliah rompió el contacto y se dirigió a una de las máquinas de pesas, donde se sentó y, con la ayuda de un tornillo que sobresalía, liberó sus manos.

—¿Quieres hablar de ella?

La voz de Takumi lo recorrió como una onda de energía

suave y cálida. Se cubrió la cara y descansó los codos en las rodillas.

—Me ha dejado, *sensei*.

—¿Por qué?

Al-Saud levantó la vista y guardó silencio durante unos segundos, no porque dudase de contarle lo sucedido sino porque intentaba situarlo en su mente; la verdad era que aún no entendía los motivos de Matilde.

—No lo sé —admitió—. Ocurrieron cosas, todas juntas y malas, que la endurecieron y la apartaron de mí.

—¿Qué cosas?

Le costó armar una ilación coherente y se alteró al referirle el último encuentro con Matilde, en casa de Ezequiel Blahetter. Takumi asentía con expresión mansa como si el discurso de Al-Saud fuera ordenado, claro y carente de pasión.

—Según Juana, siempre había planeado dejarme para no atarme a ella, porque no puede darme hijos. ¡Es una razón estúpida y no la acepto! Me usó, eso es todo.

—¿De qué modo?

—Le resultó conveniente tener un tipo con dinero en París que la protegiese de los mil problemas en que está metida y le diera cobijo en su casa.

—¿En verdad la crees capaz de eso?

Al-Saud, aún sentado en la máquina de pesas, descansó los antebrazos en los muslos e inclinó la cabeza. El flequillo se le agitó cuando la movió para negar.

—¿Por qué no te pones en el lugar de Matilde? —propuso Takumi Kaito—. ¿Cómo reaccionarías si te hubiesen cortado los testículos?

Al-Saud contrajo el rostro en una mueca de sufrimiento y se cubrió la entrepierna en un ademán protector y autómata.

—No es lo mismo —aseguró, transcurridos unos instantes.

—¿Por qué no? Tú serías un castrado, como lo es ella. No podrías darle hijos.

«Matilde ama a los niños», se recordó Al-Saud. Intentó imaginar la escena en la cual él tuviera que anunciar su esterilidad. Cerró los ojos y visualizó a Matilde con Dominique la noche de la fiesta de cumpleaños de Francesca. En aquella opor-

tunidad lo habían cautivado la serenidad de su sobrino, confiado en los brazos de ella, la sonrisa de hoyuelos con que la miraba y la persistencia con que lo hacía; no apartaba la vista de Matilde ni siquiera cuando sus hermanos mayores gritaban y exigían su parte de atención. «Hay algo en esa criatura, no sé qué, una cualidad insustancial que nació con ella y que pareciera recubrirla de luz y de paz, algo que atrae sin remedio.» Las palabras de la pintora Enriqueta Martínez Olazábal, que figuraban en el libro *Peintres Latino-américains*, resonaron en su mente.

—Soy egoísta, *sensei*. No habría podido abandonarla aunque yo fuera estéril y no pudiera darle hijos.

—La quieres para ti a cualquier precio, incluso al de la felicidad de ella. Matilde no es como tú. Te ama tanto que piensa primero en ti antes que en ella.

—A mí no me importa que no pueda darme hijos.

—Pero a ella sí.

—¡Es orgullosa! —explotó, y se levantó de la máquina de pesas y comenzó a recorrer el gimnasio. Takumi Kaito permaneció quieto; solo movía los ojos para seguir las vueltas de Al-Saud.

—Imagino que, al igual que las otras mujeres de tu vida, Matilde te persiguió hasta conseguir que te dignases a mirarla, ¿no es verdad?

Al-Saud se detuvo de manera brusca y estudió con hostilidad a su maestro. Evocó el viaje en avión y cuánto le había costado que ella le dirigiese la palabra; también se acordó de aquella ocasión en el metro y de la noche en el restaurante japonés, donde la besó por primera vez a la fuerza, enloquecido de deseo y de celos, su vanidad herida y desconcertada por el rechazo de Matilde.

—Matilde se mostró persuasiva para que vosotros comenzarais la relación, estoy seguro —insistió Takumi.

—No —admitió Eliah segundos después—. Al contrario, fui yo quien la persiguió. Ella no quería saber nada conmigo.

—Seguramente —conjeturó el japonés tras un silencio— no quería iniciar una relación a la cual, sabía, tendría que ponerle fin. —Se aproximó y colocó una mano en el hombro de Al-Saud—. Pero tú, querido Eliah, con tu atractivo, propio de un

Caballo de Fuego, puedes ser muy persuasivo si te lo propones. Y terminaste por seducirla, haciéndole olvidar sus limitaciones y sus problemas.

«La hice feliz», gruñó para sí. «Sé que la hice feliz. Fue feliz en mis brazos como nunca lo había sido.»

—Por otro lado —siguió razonando Takumi—, no debemos soslayar lo del artículo de *Paris Match*. Enterarse de la verdadera naturaleza de tu trabajo debió de impresionarla mucho.

—Sí. Ella, que solo piensa en los negros desvalidos de África, me desprecia por ser un mercenario.

—Quizá ya no te admira, pero dudo que te desprecie.

Takumi Kaito devolvió la catana al soporte y salió del gimnasio. Al-Saud no se percató de que se quedaba solo. El timbre del móvil lo sacó de su abstracción. Era su hermano Alamán.

—¿Dónde estás?

—En la hacienda de Ruán. ¿Qué quieres?

—Está bien, iré al grano. He estado haciendo averiguaciones en las empresas que fabrican dispositivos para reemplazar la voz humana.

Al-Saud frunció el entrecejo, descolocado por un instante. Enseguida se acordó del defecto en la voz de Udo Jürkens y de que le había pedido a Alamán que investigase.

—¿Qué has descubierto?

—Aquí, en Europa, son tres las empresas que las fabrican, dos alemanas y una francesa. En las tres me explicaron que se fabrica bajo pedido. Es un aparato que reemplaza las cuerdas vocales y cuesta alrededor de cincuenta mil dólares.

—Si los fabrican bajo pedido, será fácil saber dónde compró Jürkens el suyo.

—¿Qué podrías hacer con esa información?

—Tal vez en los registros de la empresa hayan consignado algún domicilio donde ir a buscarlo.

—Para eso necesitarás entrar en los sistemas de estas empresas, y eso yo no puedo hacerlo.

Había días en que echaba de menos a su antiguo jefe de Sistemas, Claude Masséna, uno de los mejores *hackers* que había conocido.

—Hablaré con Stephanie —aludía a la nueva jefa de Sistemas, que ocupaba el puesto desde el suicidio de Masséna—. Veremos si puede infiltrarse. Por favor, pásale los nombres de las tres compañías.

—Lo haré. Y seguiré investigando en empresas norteamericanas y asiáticas.

Apenas cortó con su hermano, se comunicó con Stephanie y la puso al tanto de la información que Alamán le consignaría. No centraría sus esperanzas en lo que pudiesen hallar en los registros de las compañías fabricantes del artefacto; no obstante, debía intentarlo.

La llamada de Alamán sirvió para situarlo de nuevo en la realidad. Udo Jürkens, que había intentado secuestrar a Matilde tiempo atrás y era el autor de varios asesinatos, seguía suelto, y Matilde ya no estaba segura en su fortaleza de la avenida Elisée Reclus. Lo inquietaba no recibir noticias de Derek Byrne ni de Amburgo Ferro, los hombres del equipo de seguimiento de Peter Ramsay enviados al Congo para protegerla. Por otro lado, Byrne y Ferro se ocuparían de recabar información para el trazado del plan que Mercure llevaría a cabo en poco tiempo en la zona de los Grandes Lagos.

Se había distanciado de París y de sus obligaciones para restablecer el equilibrio perdido el día en que Matilde escapó del Hotel George V tras la confesión de Céline. Aún no conseguía volver a su eje, como decía Takumi, y las obligaciones se acumulaban. Tanto sus socios como sus secretarias respetaban ese retiro de unos días, aunque no transcurriría mucho tiempo antes de que lo abrumaran con llamadas y consultas. Tenía que sobreponerse y recuperar el control sobre su vida.

Pasó el día entre los caballos; le hacía bien y por momentos se olvidaba de ella. Por la noche, ya había decidido regresar a París al día siguiente. Entre otros compromisos, le urgía viajar a la base aérea de Dhahran, en Arabia Saudí, donde supervisaría el curso de adiestramiento de los pilotos de las Reales Fuerzas Aéreas Saudíes. La idea de pilotar un avión de guerra le levantó el ánimo.

Después de cenar algo ligero, se apoltronó en el sillón de la sala y fijó la vista en la chimenea vacía. ¡Qué fácil era recor-

darla y qué difícil arrancarla de su mente y de su corazón! La vio tendida en la alfombra, acurrucada contra su cuerpo mientras afuera nevaba y el viento azotaba los cristales. En el silencio de la noche, le pareció que comenzaban a ejecutarse los acordes de *Can't take my eyes off of you*, la canción que tanto significaba para ellos. Junto a él, sobre el almohadón del sofá, descansaba el portarretrato que Matilde le había regalado para su cumpleaños. Lo recogió y admiró por enésima vez las ilustraciones en tinta negra sobre el marco blanco. «Es nuestra historia de amor. ¿Ves? Aquí pinté un avión, donde todo empezó. Después pinté el metro, aunque parece un tren. Pero vos y yo sabemos que nos encontramos en el metro. Este es el saloncito de mi tía Sofía. Las tazas de té están ahí, muy chiquitas. Era difícil pintar con el plumín y la tinta china. Esta es la fachada de la sede de Manos Que Curan, en la rue Breguet, donde volvimos a vernos después de tu viaje. Y esta es la salita en forma de flor de tu dormitorio, donde me hiciste mujer y me curaste. Y esta es la mesa de la sala de reuniones de Mercure y este, el Aston Martin, los lugares más exóticos donde nos amamos. La foto no es muy buena. Me la sacó Juana con una de esas máquinas que son desechables. Estoy en los Jardines de Luxemburgo. Bueno, no es un gran regalo, pero lo hice con todo mi amor.» El marco se desdibujó frente a él, mientras un velo de lágrimas le enturbiaba la vista. «Lo hice para que nunca olvides nuestra historia.» «Jamás podría olvidarla. Imposible. Además, siempre voy a tenerte a mi lado para recordarla.» Evocar el silencio que siguió a su declaración lo perturbaba del mismo modo que dos meses atrás. «Eliah, quiero que sepas que yo atesoro cada momento que pasamos juntos. Cada momento. Son un tesoro para mí.» Había sido un estúpido al no darse cuenta de que Matilde había estado despidiéndose de él desde un principio. Pasó el índice sobre su fotografía. «Te extraño tanto, mi amor. ¿Dónde estás ahora? ¿Cómo estás?» Era martes por la noche, Matilde faltaba de su vida desde hacía dos días y él aún no recibía noticias de ella.